



La Escalera

Lugar de lecturas



Visitas al territorio de Márai

**DIVORCIO
EN BUDA
SÁNDOR
MÁRAI**



narrativa
salamandra

Lo que se construía de día, de noche se derrumbaba

Balada popular transilvana

1

Septiembre se anunciaba con un calor sofocante. En una de esas tardes de otoño en que se debaten los últimos días calurosos del verano, el joven juez Kristóf Kömives estudiaba en su despacho los autos de algunos procesos de divorcio.

Le interesaba en especial uno de ellos, pues conocía, aunque de lejos, a sus protagonistas. El marido, la parte demandada en la vista que tendría lugar al día siguiente, era un joven médico muy célebre, jefe del laboratorio de un sanatorio de la capital. Había sido compañero de colegio de Kömives; habían estudiado juntos los primeros años del bachillerato y se habían encontrado de vez en cuando en los círculos sociales de los años universitarios, en los bailes y las reuniones estudiantiles. El juez recordaba con simpatía a aquel compañero de colegio modesto, silencioso y algo tímido. Ahora que reordenaba los documentos de su divorcio, la figura del médico se le aparecía con absoluta nitidez, como si lo estuviera viendo en el vestíbulo de un hotel elegante, en uno de aquellos bailes universitarios, a los veintidós o veintitrés años, respondiendo a las preguntas condescendientes pero amables de la gente importante con una sonrisa confusa y la expresión cohibida del joven poco hecho a la vida mundana. En aquel grupo estaba también él, entonces pasante de un despacho de abogados, y había sentido de repente una profunda simpatía por aquel compañero de estudios apenas conocido y olvidado. Había sido un momento de simpatía repentina que no tenía explicación. Luego se separaron tras sonreír con amabilidad e intercambiar unas palabras de

cortesía, como si una prohibición indefinida pero invencible los separase. Esos torpes y estúpidos intentos de acercamiento se repitieron; algunas veces se encontraban en la calle y se saludaban con una sonrisa llena de alegría, pero sabiendo que tampoco esa vez ocurriría nada, que todo se reduciría a un cordial apretón de manos y a unas cuantas palabras amables pronunciadas con embarazosa lentitud, como si «hablaran de cosas distintas». ¿Distintas? ¿Cuáles?

El juez se levanta y se acerca a la ventana. Del patio llega el ruido de unas ruedas que chirrían bajo el peso de un carro. Oye las órdenes de los guardias, los golpes sordos de objetos pesados, seguramente sacos que caen al suelo, el murmullo de los presos trabajando. La ventana de su despacho da al muro divisorio de la cárcel, lleno de pequeños agujeros de ventilación; en su calidad de funcionario recién iniciado en la carrera judicial, situado aún en los peldaños más bajos del escalafón, le han asignado esa habitación muy poco cómoda, que se recalienta en verano y se queda pronto a oscuras en invierno. Los despachos más amplios y confortables, con ventanas a la calle, están asignados a los jueces de edad avanzada y rango superior, algo que él considera equitativo y justo.

Abajo, en el patio empedrado, los presos descargaban los sacos del carro, se los echaban al hombro y desaparecían en fila india por la puerta de hierro de la cantina. El juez llevaba tres años trabajando en aquel despacho y cada día dedicaba unos minutos a observar la vida que discurría en el patio de la cárcel. Allí llevaban a los presos para que paseasen, por allí cruzaban los familiares de los presos en las horas de visita, por allí conducían a los presos hacia los juzgados para ser interrogados o para declarar ante el tribunal el día de la vista.

Conocía hasta el aburrimiento esa imagen, ese mundo triste y monótono; sin embargo, no pasaba un día sin que, antes de irse, se asomara a la ventana y se quedara contemplando la vida que se desarrollaba en el patio, como si quisiera cerciorarse de algo que en

el fondo no quería descubrir. En la escena cotidiana del patio había algo objetivo que le recordaba a una fábrica; parecía el patio de una planta industrial donde cada día se suceden los mismos turnos de trabajo determinados por un horario inflexible, donde siempre ocurre lo mismo, y lo que ocurre no es tan horrible ni tan abominable como podría suponer un profano, sino que se trata más bien de algo triste y desesperanzado. Con estos sentimientos observaba a diario, durante unos minutos, el muro de la cárcel y el patio custodiado por varias puertas de hierro.

Imre Greiner, doctor Imre Greiner, pensó distraído. Así se llamaba el médico que iba a divorciarse. Poco antes, el juez había estado leyendo con atención todo lo relativo a su antiguo compañero de clase, buscando recuerdos comunes. El doctor Greiner era originario de la parte montañosa del norte de Hungría, y procedía de una familia sajona. Descubrió que era seis meses mayor que él; en junio había cumplido treinta y ocho, mientras que él, aunque habían estado en la misma clase, no los cumpliría hasta diciembre. No sabía muy bien por qué, pero el hallazgo le produjo cierta sensación de desencanto. También le había sorprendido la edad de la mujer. La señora Greiner, de soltera Anna Fazekas, había cumplido ya los treinta años. El juez echaba cuentas y reflexionaba. Con los documentos del divorcio habían aparecido ante sus ojos personas de carne y hueso que le habían traído muchos recuerdos; entre ellos, el de un verano especialmente caluroso y sofocante, nueve años atrás, cuando conoció a Anna Fazekas en las canchas de tenis de la isla Margarita. En aquella época la joven no podía conocer aún al doctor Greiner, o al menos no se hablaba todavía de posibles noviazgos.

Una tarde, Kristóf y Anna caminan juntos por los caminos de la isla, hacia el puente Margarita. Él le lleva la raqueta, ella tiene puesto un vestido de rayas blancas y azules. Mientras oscurece van hablando de una excursión por el Danubio. En la parada del tranvía ve el rostro de Anna Fazekas a la luz de una farola. Bajo la tenue

luz, la joven vuelve la cara hacia él y sonríe, y su voz es muy dulce, aunque quizá esa dulzura, ese tono tierno y cálido lo está imaginando ahora. Van cuatro en total: ellos dos, una amiga de Anna Fazekas y un señor mayor, el padre de la amiga.

Antes de aquel encuentro, había visto a Anna Fazekas dos o tres veces como mucho. Lo único que sabía de ella era que su padre había sido inspector escolar en alguna ciudad de provincias, que se había jubilado y que unos años después se habían mudado a Budapest, aunque ella ya había estado estudiando varios años en un colegio de la capital. Anna estaba en esa edad en que las chicas quieren casarse, y durante aquel año había asistido a muchos bailes. ¿De qué habían hablado?

El juez no consigue recordar las palabras, pero aún puede oír la voz de la chica. Avanzan en silencio por el camino en penumbra. En un recodo se detiene y la muchacha se vuelve hacia él como si quisiera decirle algo. En ese momento ve su rostro con absoluta nitidez. Llegan al puente y siguen caminando en silencio.

Al día siguiente él se iba de vacaciones durante cuatro semanas a un balneario de Austria, donde conocería a su futura esposa, con la que no se casaría hasta un año más tarde. Durante aquel año en que cortejaba a su novia y se comportaba como alguien que ya está comprometido, aunque no de manera oficial, él continuó con su vida social, aceptando incluso invitaciones a las casas de muchachas casaderas; no obstante, las madres y las hijas interesadas sabían, por medio de ciertos informadores secretos, que tenía novia. En aquel tiempo también volvió a ver alguna vez a Anna Fazekas. La joven tenía un cuerpo espléndido, quizá hasta era bella... ¿Bella?

El juez mira hacia abajo, al patio de la prisión, como buscando a alguien. Han vaciado el carro y los guardias acompañan a los últimos presos con su carga hacia el portón de hierro. Ya no recuerda el rostro de Anna Fazekas. Ordena una vez más los documentos. Las diligencias previas cumplen todos los requisitos legales: las partes implicadas llevan más de seis meses haciendo

vidas separadas; se solicita la disolución del matrimonio por abandono de hogar. Sentado ante su escritorio, se inclina hacia delante, saca del cajón inferior un paquete de cigarrillos liados en casa y pone algunos en su pitillera. De otro cajón saca un paquete de cigarrillos manufacturados que guarda para las visitas, mucho mejores que los suyos, con la boquilla dorada. A él le bastan los que le prepara Hertha o la criada, pero hoy tiene un compromiso social y quizá tenga que ofrecérselos a alguien, de modo que guarda también en la pitillera unos cuantos cigarrillos de boquilla dorada. Sus movimientos no son del todo espontáneos; mientras ordena los cigarrillos refinados y «elegantes» en uno de los compartimentos de la pitillera, piensa que esa especie de obligación moral de ostentación acaba con una parte de su sueldo pequeña, pero que tal vez bastaría para hacer más cómoda, más tranquila su vida y la de su familia. Él se contentaría con los cigarrillos más baratos, con un traje de peor calidad, con una casa más pequeña y modesta, con una vida social más sencilla, pero debe ostentar los cigarrillos de boquilla dorada ante el «mundo». Conoce estos pensamientos hasta el límite del hastío, y el hastío resurge ahora que debe presentarse en sociedad, donde lo pasará bien o mal, pero donde debe representar su pequeño papel por exigencias profesionales. Lanza un suspiro y sonríe con disgusto. Suspira porque ve como una carga inútil las obligaciones sociales de la vida y porque sabe que no puede cambiar nada de todo eso. Pliega los papeles ya ordenados y, con movimientos mecánicos, como los que se hacen en casa al tocar objetos conocidos, guarda en los cajones los cigarrillos y algunas cosas personales: la pluma estilográfica, las lentes, el tintero con esa tinta verde cuyo color le encanta y que echa de menos en cuanto se acaba o si, por descuido del ujier o suyo propio, o porque se haya secado, falta de su mesa.

Anna Fazekas e Imre Greiner, pensó. Echó la llave a los cajones y se la guardó en el bolsillo. Pasaban unos minutos de las seis y media. El edificio estaba ya vacío y hundido en el silencio. En su

mesa había otros cuatro autos de divorcio; cogió uno, lo hojeó y volvió a dejarlo en su sitio. Se movía con rapidez, irritado. Buscaba en su memoria el último encuentro, pero no conseguía recordar cuándo había visto a Anna Fazekas por última vez. En los últimos años, el juez había intentado mostrarse en sociedad sólo en ocasiones excepcionales. Tal retiro silencioso tenía seguramente explicación, quizá la familia, quizá el modesto sueldo. Pero tal vez había otro motivo: se había refugiado demasiado pronto en el trabajo y en la familia, siendo aún joven; no le gustaba pensar en ello, había algo en el fondo de ese asunto que no quería afrontar. De la boda de Anna Fazekas se enteró por los periódicos. Luego no había vuelto a saber nada de ellos durante años. Recordó el momento en que descubrió, con un extraño sentimiento de hostilidad, que Imre Greiner, aquel Imre Greiner por quien sentía simpatía desde la adolescencia y los años universitarios, con quien le hubiera gustado encontrarse y conversar, y con quien se había cruzado a veces sin poder hablarle, se había casado con aquella joven que él conocía y que... Pero en este punto se detenía.

¿Quién había sido para él Anna Fazekas? ¿Había significado para él algo más que una mera relación social, una relación tan superficial como cualquier otra? De soltero la había visto dos o tres veces en las pistas de tenis, y era cierto que también la había vuelto a ver después de casarse, pero sólo de paso, de la misma manera fugaz con la que se cruzaba con otras jóvenes solteras y casadas que conocía de vista, cuyos nombres recordaba a duras penas. De todas formas, le sorprendió que precisamente aquel Imre Greiner se fuese a casar exactamente con aquella Anna Fazekas, la misma con la que había paseado por la isla Margarita, que se había vuelto hacia él en el camino en penumbra como si quisiera decirle algo y no había dicho nada. Y ahora él tenía en su escritorio los documentos de la señora Greiner, de soltera Anna Fazekas. Así juega la vida con nosotros, pensó distraído e irónico, y soltó una

risita maliciosa, muy queda, como avergonzado de sí mismo por un pensamiento tan trivial.

La mujer ha interpuesto la demanda de divorcio alegando como causa el abandono de hogar por parte del marido, Imre Greiner. En la mesa hay otros tres casos de abandono de hogar, y él mira los documentos con hostilidad. Si se tratara de un juicio penal, rechazaría llevar el caso de personas conocidas, aun superficialmente, como lo son su antiguo compañero de estudios y la esposa, pero en un proceso de divorcio la ley no le permite negarse a dictar sentencia, y si el intento de reconciliación no surte efecto, a las doce de la mañana siguiente él, por ministerio de la ley, decretará la disolución del matrimonio formado por Imre Greiner y Anna Fazekas. La circunstancia de conocer a las partes implicadas no es razón suficiente para solicitar el cambio de juez. Y como tiene todos los autos de divorcio ordenados en su mesa y se está haciendo tarde, contempla por última vez el patio de la cárcel y, tras asegurarse de que no hay nadie, coge el sombrero y abandona el edificio con paso lento, como si los largos y silenciosos pasillos fueran los de su casa.

Al final de la escalera, junto al portón, el viejo portero lo saludó con respeto pero también con un leve toque de confianza. Ese gesto, que para un desconocido hubiera pasado inadvertido, no se le escapaba al joven juez cada vez que lo saludaba al entrar y al salir. Dicho tratamiento molestaba un tanto a su orgullo juvenil, pero al mismo tiempo lo halagaba. Era un simple funcionario, bastante mayor que él y de rango inferior, que saludaba así al juez, un superior de una clase social más elevada pero perteneciente al mismo gremio; y él percibía esa complicidad, ese comportamiento paternal y reverente a la vez. Y sin perder su actitud de superioridad le devolvía amablemente el saludo porque el viejo portero, hijo de un matrimonio de campesinos, también formaba parte de aquella compleja y gran familia de la que él era sólo un miembro prometedor.

Se detuvo bajo el portón y puso en hora su reloj de pulsera con el gran reloj de la entrada. Pensó en el patio de la cárcel, en los documentos de su mesa, en la sensación de intimidad correcta pero firme que reinaba en todo el edificio, entre los jueces y los funcionarios, entre superiores y subordinados. Como tantas otras veces, salía de mala gana, taciturno, era casi siempre el último juez en dejar el edificio; le contrariaba abandonar su despacho. Estaba indeciso, inquieto, como el monje que duda al salir del convento para entrar en la vida. Ese sentimiento, que no podía catalogarse más que como pánico injustificado frente al mundo, le hizo reflexionar. Atravesó la entrada, se detuvo en el primer peldaño y miró a su alrededor con la misma indecisión. A su espalda se cerró el gran portón de roble. Pudo oír cómo giraba la llave en la cerradura.

2

La invitación era para una reunión celebrada entre la merienda y la cena, un tipo de tertulia que la gente de la ciudad había dado en llamar, en tono chistoso, «cenienda». Los invitados llegaban un poco antes de la hora de la cena, entre las siete y las ocho, y los anfitriones les ofrecían té, café, vino y platos fríos, todo colocado en sencillas mesitas que la gente abordaba en un constante ir y venir, en una atmósfera íntima y desprovista de rigideces convencionales; tales reuniones solían prolongarse hasta bien entrada la noche.

Estos ágapes resultaban más fáciles de organizar y precisaban menos gasto de tiempo y de dinero para los anfitriones que una cena formal, a la antigua; los tiempos exigían ahorro y los miembros de la clase media, que tenían una sola criada, cuando no se veían obligados a contratarla a tiempo parcial, y que hacían malabarismos para sobrevivir con sus jubilaciones recortadas o sus reducidos salarios pero trataban de guardar las apariencias, se esforzaban así, con la ayuda de soluciones demasiado obvias, para remendar las desbaratadas formas de la vida social.

La familia de Kristóf Kömives también solía invitar a los amigos a estas «ceniendas» modestas que pretendían reemplazar los ágapes de antaño por un sustituto humilde pero más acorde con los tiempos. De todas formas, este tipo de convites significaban un ahorro de gastos y también de trabajo para los anfitriones, en especial para el cabeza de familia, obligado a trabajar como un esclavo por el bien de los suyos. Por el camino, el juez iba pensando que durante los últimos años era como si se hubiese

derrumbado y transformado todo, incluso las formas externas de la sociedad. Él conocía y apreciaba a los miembros de su clase social, de esa burguesía modesta pero elegante a la que veía como una gran familia; intuía en sus costumbres los grandes mitos de la familia, sus gustos eran los suyos propios, y él se sentía responsable del bienestar y la seguridad de la comunidad, tanto en el trabajo como en la vida privada.

Atravesó con paso lento pero decidido uno de los puentes del Danubio que van hacia Buda. Se había quitado el sombrero, y quien lo hubiera observado en aquel momento con las manos juntas detrás de la espalda, el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, el paso lento y casi distraído, y la mirada clavada en el suelo, entre los transeúntes que regresaban presurosos a sus casas después del trabajo, le habría echado más edad de la que en realidad tenía. A Kristóf Kömives se le había vuelto el pelo gris siendo bastante joven, y además había engordado durante los últimos años, desde que había empezado a trabajar en los juzgados y hacía una vida completamente sedentaria. Estaba preocupado por su aspecto. En el fondo de su corazón sentía cierto desprecio por cualquier tipo de desidia, ya fuera física o espiritual. Era propenso a enaltecer la vida ascética, aprobaba y alababa los nuevos métodos de gimnasia, y opinaba que las personas que se entregan con facilidad a las comodidades del cuerpo terminan descuidando también su alma, de modo que hasta su intelecto se vuelve obeso. A decir verdad, él todavía no había llegado a la obesidad, pero, desde hacía unos años, esa descomposición y ese relajamiento se habían apoderado de su organismo, y él contemplaba el proceso con desconfianza y un ligero menosprecio; aunque vivía con moderación, conteniéndose en la comida y en la bebida, trataba de luchar contra ese debilitamiento orgánico con repentinos periodos de ayuno que introducía en su vida cotidiana sin control médico, de forma irregular. Desde luego, no había llegado al punto de tener que someterse a alguna de las curas de adelgazamiento de moda, que además le

parecían algo afeminadas, impropias de su persona. Sin embargo, el problema de su forma física lo inquietaba. Parecía mayor de lo que era: tenía el aspecto de un cuarentón maduro con las sienes plateadas y una barriga considerable. A veces compartía tales preocupaciones con sus amigos íntimos, aunque con cierto tono de broma. «La barriga es signo de prestigio y autoridad», le aseguraban, y él mismo se convencía de que, con su aspecto, intentaba contrarrestar la falta de años. Mediante su apariencia, su manera de hablar y su modo de vida buscaba inspirar el respeto que le correspondía por su calidad de ciudadano y de juez, aunque en los momentos de sinceridad consigo mismo tenía que reconocer que últimamente se estaba volviendo demasiado comodón.

El proceso era complicado y le preocupaba con más frecuencia de la que deseaba. Era propenso a la obesidad, y esta propensión no le parecía un fenómeno propio de la «intimidad familiar», pues consideraba que había alcanzado ese estado físico con demasiada rapidez, como tantas otras cosas en la vida: las primeras etapas de su carrera, las responsabilidades familiares, la madurez, incluso el prestigio y la autoridad de que gozaba. ¿Qué había en el fondo de esa prisa? A veces, en oscuros momentos de inquietud, pensaba que tras ella se ocultaba la muerte: un profundo deseo de morir, muy poco moral, o quizá el temor a la muerte; y en los últimos tiempos había llegado a pensar que el deseo y el temor se confundían en un mismo sentimiento.

Estos «últimos tiempos» del calendario de su vida privada habían empezado en un momento preciso y determinado, en el mismo momento en que, durante el intervalo entre dos juicios, hacía de esto año y medio, se había sentido por primera vez mareado, presa de un extraño mareo que desde entonces se repetía de forma imprevista y a intervalos impredecibles. Esos mareos eran preocupantes, le daban miedo y también vergüenza; tenían algo de humillante, algo contrario al prestigio y la autoridad, que no cuadraba ni con su condición de ciudadano ni con su condición de

juez, y se despreciaba por ello en lo más hondo de su corazón. Naturalmente, no era culpa suya... «Indisposición repentina, malestar pasajero, agotamiento»; así lo había calificado el médico después de que, en un breve espacio de tiempo, tras el primer ataque, sufriera el malestar una segunda y una tercera vez, y entonces tuviera que coger un coche para llegar a casa, porque se había mareado por el camino.

Kömives acudió al médico y su caso fue analizado desde diversos puntos de vista. Lo tranquilizaron diciéndole que no tenía ninguna malformación orgánica; su corazón estaba sano —los miembros de su familia, tanto en la rama paterna como en la materna, habían llegado a edades muy avanzadas— y él siempre había llevado una vida sobria, así que todo se debía seguramente a su estado nervioso o a un ligero agotamiento. Los análisis y el diagnóstico consiguieron calmarlo.

Desde hacía algunos meses intentaba ser más cauto con la nicotina —fumar era su única verdadera pasión, y no podía o no quería renunciar a ella—, y era verdad que se sentía un poco mejor. Los momentos de malestar, los súbitos mareos que casi le hacían perder el conocimiento pero que, por suerte, duraban sólo unos segundos, no se habían vuelto a repetir en el último año, o por lo menos no de la misma manera contundente y humillante. Ahora se encontraba mucho mejor. La vida moderada, una fuerte reducción de cigarrillos y cigarros, la disminución de sus obligaciones laborales, algo de ejercicio físico, un poco de deporte ligero, los paseos —desde hacía unos meses, iba y volvía andando del despacho—, todo eso le había hecho sentir una ligera mejoría.

Esa humillante y vergonzosa sensación de que va a pasar algo, algo que no es digno de él y que puede revelar cualquier cosa..., esa sensación no se ha vuelto a presentar, pero su amargo sabor se ha quedado almacenado en alguna parte de su sistema nervioso. Sí, son los nervios... En esta época, todo el mundo está nervioso.

Kristóf Kömives despreciaba el nerviosismo, lo consideraba en cierto modo algo inmoral. No era muy consciente de su desprecio, pero en el fondo, de una manera indefinida y oscura, consideraba que una persona honrada y virtuosa no puede ponerse nerviosa — con la excepción, claro está, de los enfermos que han desarrollado o heredado tal nerviosismo—, y pensaba que era una excusa despreciable, una defensa barata y superficial, propia de la época, para eludir con facilidad cualquier responsabilidad. Una persona puede estar sana o enferma, pero en ningún caso puede estar nerviosa: ésta era su opinión, y la expresaba incluso desde su puesto de juez. El mundo entero le parecía nervioso, quejumbroso e irresponsable, incapaz, entre lamentos y objeciones, de frenar sus deseos. Sentía un enorme desprecio por los matrimonios «modernos» que se dejaban llevar por los nervios, consideraba que los esposos corrían con demasiada facilidad a presentarse ante el juez para que los separase. Despreciaba profundamente a esos «pecadores nerviosos» que alegaban en su defensa los traumas de la infancia y la juventud, y juraban que habían actuado contra su voluntad, forzados al pecado por inclinaciones e impulsos irrefrenables.

Kristóf Kömives no creía en los impulsos irrefrenables: la vida es un deber, un deber ineludible; por supuesto, es un deber penoso y complejo, un deber que en ocasiones debe afrontarse con abnegación. Tal era su convencimiento. Podía experimentar pena por la gente, pero era incapaz de absolver a nadie. Creía en la fuerza de la voluntad. La voluntad lo es todo, solía afirmar, la voluntad y la obediencia asumidas de forma espontánea con un nombre más suave: humildad. La humildad cristiana es lo único que puede ayudar al ser humano a superar las crisis insoportables — ¿no es ésta una palabra demasiado exagerada, demasiado moderna, demasiado patética?—, las crisis difícilmente soportables de la vida. ¿Insoportables? El término le acudía a la cabeza una y otra vez. Le encantaba sopesar el valor de las palabras. Estaba

acostumbrado a examinar cada voz pronunciada al azar, a descubrir su verdadero significado, y analizaba con especial interés las sospechosas como ésta, las que surgen de los bajos fondos de la mente en medio de algún discurso sin pasar previamente por el tamiz de la razón. ¿Acaso la vida es insoportable? Kristóf Kömives no tenía mucho aprecio por esa civilización efervescente que lo rodeaba con sus anuncios luminosos y su ruido de motores. Conocía los límites de esa civilización, contaba con su censura y apreciaba los lugares recónditos, seguros y reglamentados donde el hombre moderno podía esconderse con todos sus instintos contenidos y controlados. Esa censura tenía un precio, pero ¿había otra solución?

Era su trabajo y su misión de juez sofocar los instintos que se rebelan contra la disciplina de la sociedad. Nunca había sido tan necesaria su profesión para proteger la sociedad y educar a sus miembros como en aquella época agitada, y Kristóf Kömives asumía completamente esa vocación como suya y trataba de ponerse a su servicio con toda su voluntad y toda su fe. Ya no se trataba simplemente de administrar el castigo a los culpables y proteger a las víctimas inocentes. Había muchas más cosas en juego: estaba en juego todo, la civilización entera, la paz, toda la paz de la sociedad humana, las formas, la fuerza de las formas que mantienen y rigen la vida, las formas que unas manos sospechosas y sucias intentaban hacer añicos. Él se mantendría al acecho, siempre en su puesto. Pero ¿merecía esa sociedad una protección tan incondicional? ¿Era realmente inocente? ¿Qué contenido moral le quedaba a una sociedad llena de motores y de lujuria? Y esos extraños mareos, por fortuna insignificantes y sin causa orgánica, esa compleja rebeldía un tanto vergonzosa de sus nervios, ¿no estaría relacionada en secreto con las dudas que él alimentaba en el fondo de su conciencia sobre la validez de las formas vigentes y sobre el contenido moral de una sociedad defendida a ultranza?

Sus dudas reflejaban las controversias que desde su puesto de juez rechazaba con decisión y ahínco, unas controversias «modernas» que, de vez en cuando, salían a la superficie de las profundidades del alma humana, controversias que él resolvía con serias dificultades y tras un fuerte sentimiento de rechazo. Ya no creía en una sociedad idílica. La sociedad buscaba nuevas formas de vida, y era su tarea de juez vigilar a los que, llevados por su conciencia o por el engaño, movidos por la debilidad o por la inseguridad de sus nervios o de su carácter, se rebelaban contra la censura de la antigua sociedad humana.

Él era un hombre joven, y de la misma manera que se había adaptado a su profesión y a su vocación en su aspecto físico, había elaborado una forma psicológica dentro de la cual era capaz de situarse con todas sus convicciones y todas sus dudas. Había examinado sus convicciones al detalle y las asumía públicamente. Su trabajo consistía en salvar y conservar, y tenía que delegar en otros la tarea de construir junto con las terribles responsabilidades que eso conlleva. Se había quedado solo con sus dudas en su mundo, en el mundo laboral y en el familiar. Nadie podía acusarlo de haber actuado con comodidad o con cobardía. No se había entregado sin condiciones a las exigencias que su profesión, el Estado, la sociedad le pedían: no bajaba la vista, sino que intentaba mirar sus dudas cara a cara. Comprendía y admitía en su totalidad la independencia y la superioridad otorgadas por su profesión, así como todas sus consecuencias. Debía juzgar con severidad y según la legislación vigente, respetando el espíritu de las leyes.

Sin embargo, al contemplar la vorágine de la época, a veces tenía la sensación, o al menos le parecía tenerla, de que la ley se había quedado atrás, de que no había podido prever el proceso de descomposición que lo barría todo y que hacía temblar los cimientos de las cosas. La ley, en sus crueles intransigencias, resultaba demasiado débil e ineficaz comparada con la tiranía de los tiempos. En su condición de juez, se veía obligado a rellenar la letra de las

leyes con un contenido acorde con la época. Detrás de cada juicio insignificante estaba «todo», burlándose de él con terribles muecas, toda una generación de seres humanos que pronunciaba discursos elocuentes sobre la construcción de algo nuevo y que no dejaba de rebuscar entre los escombros de lo viejo, de lo destruido. ¡Vamos, ponte en el sitio que te corresponde y júzgalos!, pensaba a veces. Pero luego se ponía en el sitio que le correspondía y los juzgaba respetando de modo impecable el espíritu de la ley. ¡Qué profesión!, se decía en ocasiones, presa de un terrible cansancio. Sin embargo, levantaba la cabeza de inmediato para repetir con orgullo: ¡Sí, qué profesión! ¡Qué profesión tan difícil, sublime y sobrehumana, y al mismo tiempo tan digna del ser humano!

¿Sentían lo mismo los otros miembros del órgano judicial, esa grandiosa maquinaria que nadie era capaz de mejorar y dentro de la cual los seres humanos eran sólo componentes insignificantes pero sensibles? Entre los jueces decanos que le habían enseñado el oficio había encontrado a más de uno que era consciente de su nueva responsabilidad. Esos jueces sabían que se trataba del «todo»: sí, más allá del espíritu de las leyes y de la idea de la «justicia», había que neutralizar peligros prácticos y materiales. Había que salvar la sociedad, no solamente las formas, sino la sociedad misma, el contenido, los seres humanos de carne y hueso, el alma de los niños y la vida de los adultos, y también su entorno, los pisos de dos habitaciones con cocina y los de tres habitaciones con baño, los salarios de los empleados y los créditos de los comerciantes... ¿Se hablaba de todo eso en el órgano judicial? Sólo de tarde en tarde; y él era consciente de ello cuando dictaba sentencia en los juicios.

¿Pensaba siempre en ello, cada vez que dictaba una sentencia? Se había detenido en medio del puente, como hacía todas las tardes al volver a su casa, y apoyándose en la barandilla suspiró profundamente y contempló con gesto miope la ciudad que se diluía entre las brumas del atardecer.

Ante sus ojos se extendía Pest, la parte nueva de la gran ciudad, en la orilla izquierda del río ancestral, ese río que une varios países; veía sus imponentes edificios, sus modernas casas de pisos, con las fachadas lisas, pintadas de colores vivos, donde, tras unas paredes delgadas que dejan escapar todos los ruidos, vivían sus nerviosos contemporáneos; donde las mujeres cuidaban plantas espesas y cactus colocados en las repisas de las ventanas; donde, por encima de los estrechos divanes y de los sofás modernos e incómodos, tapizados con telas rayadas, había estantes con libros, libros hechos para aclarar la imagen del nuevo mundo; libros inquietantes que generan dudas, libros que intentan explicar las cosas y que proclaman sus verdades de una manera cruel; libros que a veces llegaban a la fiscalía y sobre los cuales él mismo, como juez, tenía que opinar en ocasiones.

Se esforzaba en leer esos libros y, al mismo tiempo, temía por la humildad y por el equilibrio de su alma. Allí, en la orilla izquierda, delante de sus ojos, se extendía la ciudad nueva con sus imponentes masas de piedra, con sus forúnculos de cemento, llena de dudas y de seres humanos inquietos que pugnaban por sacar dinero del desierto de piedras, que se dejaban llevar por el «nerviosismo», que a duras penas conseguían dominar sus instintos, que creían y amaban de manera distinta, que hablaban y callaban de otra forma, que estaban sanos o enfermos, que eran felices o desgraciados de un modo diferente al suyo; unos seres humanos que al final él tenía que juzgar. ¿Acaso los conocía profundamente? ¿Acaso los comprendía con todas sus intenciones? Esas fachadas lisas, pintadas de colores chillones, le resultaban extrañas. Todas las expresiones de la vida moderna manifestaban objetividad, pero detrás de esa objetividad aparente había confusión y dudas, dudas arraigadas en el fondo del alma sobre el sentido de las normas, de las leyes, de los principios.

Apoyó la cabeza en las palmas de las manos y miró así la ciudad conocida y extraña, la ciudad pecadora y criminal, la gran ciudad

que se afanaba con angustia de asmático en conseguir más dinero, más placeres, más poder; la ciudad que estaba unida al mundo, a Occidente, por las arterias del pensamiento, la moda, la ciencia, el comercio y las finanzas; una ciudad que había tomado prestadas formas nuevas que digería mal, que andaba todavía un tanto harapienta aunque no perdía de vista la última moda europea.

Él miraba esa ciudad y la sentía extraña. Era una ciudad demasiado grande, intranquila y de gustos extranjeros. Cada mañana, al cruzar el puente para ir a su despacho, donde tenía que juzgar las dudas, los deseos y los crímenes de la ciudad, experimentaba la misma confusión que había experimentado en la estación de ferrocarril de la capital cuando se había bajado del tren que lo traía de su ciudad natal, una ciudad de provincias, y había creído que tardaría en comprender con exactitud la manera de hablar de sus habitantes. Él no había perdido nunca su acento, típico del norte del país, y ese pensamiento le hizo sonreír.

Se volvió hacia el panorama más histórico de Buda, en la orilla derecha del río, y contempló un tanto aliviado la imagen conocida, como si después de un largo viaje regresara por fin a casa. El paisaje de la orilla derecha representaba el pasado de la ciudad, con su exposición de objetos litúrgicos y sus ruinas, piadosamente conservadas bajo la brillante cúpula de luz cristalina del atardecer otoñal. Miró largamente, casi emocionado, la vista que Buda le ofrecía, los colores típicos de septiembre en el parque del Castillo, los castaños de hojas marchitas en la orilla del río, los edificios históricos que conservaban y expresaban algo muy valioso, algo que para él era más que un recuerdo, más que una tradición. Aquella vista despertaba en él un sentimiento de verdadera intimidad, de alegría familiar. Se regocijaba con la noble imagen de la iglesia de la Coronación, rodeada de andamios, con la visión de los edificios públicos elevándose en lo alto, como castillos medievales que expresan el pensamiento histórico con la solidez de sus piedras. Al otro lado de la colina asomaban los silenciosos

barrios antiguos, medio escondidos, temerosos, donde los nombres de las calles recordaban los oficios de sus antiguos habitantes; sentía que estaba unido a todo aquello de una forma íntima y entrañable. Se resistía a aceptar que el significado histórico que el barrio del Castillo expresaba con sus baluartes orgullosos, casi soberbios, resistentes al paso del tiempo y a los cambios de las modas, hubiese llegado a su ocaso.

Si todo el mundo permanece en su lugar, como él hace, si todo el mundo cumple con su deber, incluso en los tiempos modernos, todavía se puede salvar la familia a la cual pertenece, la gran familia a la que ha jurado fidelidad. Con sus ojos miopes miraba a la derecha y a la izquierda. Para él, expresiones como «permanecer en su puesto» o «cumplir con su deber» estaban llenas de un contenido muy sencillo, en absoluto poético, casi palpable. Su convicción de pertenecer a una gran familia era para él simple y profunda.

¿Cuál era su deber en la práctica, en la práctica cotidiana, libre de connotaciones poéticas? Aferrarse a todo lo existente, a la tradición devota, a la humilde simplicidad de las formas de vida, a las normas de la convivencia, aferrarse a todo lo que se puede ver y se puede probar, a lo real, al conjunto de sentimientos, voluntades y recuerdos, rechazar todo lo que supone duda y destrucción, el deseo basado en los instintos y en la irresponsabilidad de los individuos.

Para él, las palabras «humildad» y «renuncia» conservaban su significado y su valor ancestrales, pues contenían una fuerza superior a la ley, una fuerza que ejercía en él una influencia más directa incluso que sus creencias religiosas. Porque en las profundidades, en la conciencia de la gran familia, en las nuevas generaciones algo había empezado a fermentar, una insatisfacción que buscaba lemas comunes para expresarse. Los jóvenes se encontraban al borde de los extremismos políticos, y sólo tenían en común la convicción de que las generaciones anteriores ya no eran

capaces de contener aquella insatisfacción social con sus métodos oxidados y chirriantes. En lo más profundo de la sociedad y en lo alto de los edificios de viviendas, los jóvenes se preparaban para algo. Kömives percibía con todas las fibras de su cuerpo tal preparación, y también que él ya no formaba parte de esa juventud.

3

Kristóf Kömives había nacido en la frontera entre dos mundos. A veces llegaba a pensar que era la monstruosa criatura de un momento histórico doloroso, el cambio de siglo, cuando la pequeña burguesía todavía disfrutaba plenamente de los bienes familiares con total seguridad; cuando el país, aún sin dividir, abarcaba entre sus amplias fronteras naturales todas las razas y todos los estratos sociales, y la clase acomodada disfrutaba de una paz idílica, sólo perturbada por los anuncios luminosos y el fuego fatuo de lejanos movimientos subterráneos que anunciaban un peligro cercano. ¿Quién tenía tiempo de prestar atención? La vida brillaba durante toda la semana con el esplendor de un domingo. Había nacido en el umbral de la última década pacífica del siglo, en una familia acomodada con reminiscencias de la nobleza, cuyos miembros trabajaban como funcionarios. Su madre era de origen sajón, y probablemente había heredado de ella la suavidad, cierto sentimiento vital decadente y una acusada sensibilidad para lo invisible y para lo imposible de experimentar, aunque por fortuna estos rasgos de su carácter se mezclaban con la dureza y la sobriedad paganas de su padre. Gábor Kömives, el padre, descendía de una antigua y renombrada familia de jueces; el abuelo, Kristóf Kömives, cuyo nombre había heredado él, había sido magistrado del Tribunal Supremo; la profesión pasaba de padres a hijos de forma natural. Era una familia de jueces no sólo porque el abuelo lo hubiera sido y porque el bisabuelo hubiera sido procurador, además de administrador y consejero del tesoro real,

sino porque todos poseían una vocación profunda y misteriosa por el derecho, la justicia y la ley. Todos sus antepasados habían servido en la administración de justicia; siete generaciones de la familia habían usado el lenguaje jurídico, y hasta las conversaciones domésticas estaban salpicadas de citas en latín. Eran jueces de los más altos tribunales del país, para quienes el trabajo era más un honor que una necesidad, jueces que iniciaban su carrera siendo jóvenes y ricos, y se retiraban ya muy mayores a una vida modesta. Se trataba de una familia dedicada a las leyes, como tantas otras familias húngaras de la pequeña nobleza. Estaban tan íntimamente ligados al mundo del Derecho que parecía una cuestión de sangre, de parentesco, y su cultura clásica se reflejaba incluso en la manera de pensar de los descendientes.

Kristóf Kömives, hijo de un famoso presidente de tribunal de finales de siglo, había sido educado en el espíritu severo y consecuente, humanístico, de la tradición familiar. Su padre se había casado en dos ocasiones, y él había nacido del segundo matrimonio. Su madre, hija de un médico de Késmárk, se había desposado muy joven con el padre, que entonces ya había cumplido los cincuenta y se encontraba en la cima de su carrera profesional. Este segundo matrimonio que parecía basado en inclinaciones y sentimientos mutuos había terminado de manera desafortunada o, al menos, sorprendentemente «irregular».

El fin de este matrimonio fue contrario a toda la tradición y a todas las normas familiares: después de ocho años de convivencia, cuando el hijo mayor no había cumplido ni los seis, la segunda esposa abandonó el hogar sin más y, al cabo de un tiempo, se casó con un ingeniero del ayuntamiento. Kristóf nunca pudo comprender del todo ese misterio, esa rebeldía, esa arbitrariedad incomprensible. El padre cayó enfermo por ese golpe del destino. La rebeldía de su esposa debió de herirlo en el centro de gravedad de su ser, allí donde una persona se encuentra anclada y donde es auténtica e íntegra. Al parecer, la madre tampoco pudo superar la

crisis de la huida; quizá se decidió a ello demasiado tarde y para entonces su fuerza vital había quedado mermada a causa de las imperceptibles luchas del matrimonio, pues tres años después del divorcio, antes de que pudiera acostumbrarse a su nueva vida, falleció de fiebre puerperal. Kristóf nunca llegó a conocer a su hermanastro, un niño enfermizo y tímido, pues el padre, un hombre prematuramente envejecido, se marchó de la ciudad llevándoselo con él. El misterioso ingeniero, según se enteró Kristóf más tarde, no tenía nada de seductor: era un hombre taciturno y aprensivo, arrastrado a la aventura por el impulso desesperado de la mujer. El hijo falleció en la guerra, aunque no en el frente, de «muerte gloriosa», sino a causa de un resfriado que cogió en las oficinas del cuartel donde realizaba tareas de escribiente, un resfriado que se transformó en neumonía y que acabó con él en pocos días.

Después de ese segundo matrimonio malogrado, Gábor Kömives vivió en soledad el resto de su vida; en aquella época lo habían trasladado a la capital, y fue en esas dos últimas décadas de su carrera judicial cuando se hizo ejemplar y célebre. Quizá no había logrado llegar tan alto en el escalafón como otros colegas, más ambiciosos o más afortunados —cuando murió era tan sólo el presidente de un consejo del Tribunal Supremo—, pero siempre había sido uno de los mejores juristas, e incluso los profanos citaban su nombre con la admiración y el entusiasmo maravillado que se reserva a los grandes jueces, que conocen el corazón y el alma de los hombres y, a la vez, son la personificación de la Ley, y que con su equidad infalible e intransigente inspiran a la gente deseosa de justicia, tranquilidad y temor al mismo tiempo. Tal era su fama.

Los jueces jóvenes lo veían como un ejemplo e imitaban su manera sosegada pero convencida de impartir justicia. Gábor Kömives sabía imponer el orden con una sola mirada, con un solo gesto; sabía dominar la sala alborotada con un movimiento afirmativo de la cabeza, con un abrir y cerrar de ojos que expresaban sorpresa y frialdad. Nunca discutía con los abogados, ni

con los acusados, ni siquiera con los testigos. Cuando entraba en la sala, la dominaba con su presencia indiscutible e inequívoca, elegante e inabordable. Nadie podía entonces sustraerse a su influjo, y hubo una época en que se mencionaba su nombre en el cerrado mundo del Derecho como el del gran maestro que «había creado escuela». Naturalmente, Gábor Kömives nunca se había propuesto crear escuela: una influencia humana y profesional de tales características sólo surte efecto si es involuntaria, casi inconsciente. Se sentaba en su sillón de juez como un gran señor que imparte justicia con sabiduría; quizá sus antepasados paganos juzgaban así a sus esclavos, con esa seguridad señorial, con esa soberbia de padre de familia, o tal vez lo hacían así sus antepasados de la pequeña nobleza, cuyo linaje llegaba hasta la familia de los Anjou y cuya experiencia en la justicia sobrevivía en los gestos de los descendientes.

Pocos sabían que aquel hombre, que estaba por encima de todas las pasiones humanas, parco en palabras, inabordable y cerrado, era en su fuero íntimo una ruina viva, más miserable y desafortunado que un paralítico, lleno de dudas y heridas, desesperado aunque lo disimulara con una fuerza sobrehumana. Incluso Kristóf tardó años en descubrirlo.

La razón de ese estado de desmoronamiento interior era muy sencilla: su padre había amado a aquella mujer, a su segunda esposa. Había enterrado sin mayores penas a la primera, que le había dado una niña, pero el abandono de la segunda le había causado muchísimo dolor. Y no tanto porque lo hubiese abandonado de manera irregular, con una rebeldía que negaba, en opinión de los Kömives, todos los usos, las costumbres, las leyes y hasta la más elemental educación humana; las heridas de la ofensa habían dejado cicatrices, y su alma orgullosa no había podido encajar el golpe, pero el dolor no solamente se alimentaba de su carácter orgulloso, sino que se saciaba con otro tipo de veneno amargo. Al padre le dolía que su esposa lo hubiese abandonado, le dolía

porque la amaba. ¿Qué había ocurrido entre ellos dos? Kristóf nunca llegó a averiguarlo. Después de la muerte de su padre, encontró en el fondo de uno de los muchos cajones de su escritorio unas cartas atadas con un lazo negro, escritas en la época de su noviazgo, unas cartas llenas de pudor y modestia, reservadas y poco confidenciales; y también una serie de notas de todo tipo, el libro de cuentas domésticas, recetas de cocina escritas en trozos de papel, facturas, breves mensajes anotados a lápiz: todo lo que tenía que ver con la mujer, hasta el más mínimo detalle, todo lo que ella había dejado, todo lo que evocaba su pasado en común, como las facturas de un balneario de Baviera donde habían estado en la primera época de su matrimonio. El padre lo había reunido todo y luego lo había atado con un lazo negro. Aquello resumía la existencia de su padre, lo mejor y lo peor que la vida le había ofrecido.

Kristóf leyó las inocentes cartas con intranquilidad; durante un tiempo le tentó la idea falsamente caballeresca de tirar todos los recuerdos al fuego sin examinarlos, unos recuerdos que representaban los autos fidedignos de una tragedia ardiente, inacabada, nunca aclarada; pero esos testimonios guardaban los secretos de las dos personas que le habían dado la vida, y concluyó que tenía todo el derecho del mundo a conocerlos. Por otra parte, las cartas no delataban nada en absoluto. Estaban redactadas con pudor y tacto, como suele ocurrir entre dos personas que no se conocen, un hombre y una mujer que sopesan y temen el efecto de cada frase, que sienten profundamente el significado oculto de las palabras. Una de las cartas de la madre, escrita unos días antes de la boda, terminaba de esta manera: «Haré todo lo posible para que puedas confiar en mí.» Kristóf dejó las cartas en su lugar y nunca volvió a tocar aquellos recuerdos íntimos, pero durante mucho tiempo llevó la frase grabada en el alma como el eco de un grito desesperado. Pensaba que sólo escribe algo así quien teme aceptar la confianza de otra persona. Pensaba también en su padre, que

había guardado todos sus secretos hasta el final. Comprendió que su padre había amado a aquella mujer, que se lo habría perdonado todo, la huida, la infidelidad... ¡Qué palabras!, pensó entre escalofríos. ¡De lo que es capaz el amor!

Los hijos se habían educado en diferentes internados. En las fiestas y en las vacaciones, llegaban al hogar desde tres puntos cardinales distintos, pero en esa época el hogar sólo era ya un piso alquilado en la segunda planta de un edificio de viviendas. El padre había vendido la casa que tenían en el norte del país y se había ido a vivir a la capital. La mujer que se encargaba de llevar la casa del juez ya anciano era una pariente lejana, la típica pariente pobre que vive asustada a la sombra de los miembros de la familia, y nunca se atrevió a comportarse con los niños como la sustituta de la madre. El hijo menor, el hermano pequeño de Kristóf, estudiaba en una academia militar, y su hermanastra, Emma, estaba interna en un colegio de monjas provincial. Él se había quedado bastante más cerca del padre, a media hora de la capital, en un colegio de curas. Las vacaciones transcurrían en un ambiente tenso y confuso... Era como si desaprovecharan la ocasión de conocerse, como si se hubieran olvidado de algo, de mantener una conversación inevitable, de esa charla absolutamente necesaria que lo vuelve todo más simple, más claro, y hace posible intimar, revelar secretos, que alegra esos encuentros o, al menos, evita la sensación de estar entre extraños dentro de la propia familia. Pero el momento de mantener una verdadera conversación entre ellos no se presentó nunca; Kristóf se quedaba aguardando a que alguien empezase a hablar, quizá su hermano menor, que, a pesar de su educación militar, seguía echando de menos a la madre, anhelaba una familia de verdad y era el que más sufría de los tres por la soledad de su infancia. La hermana, sin embargo, era asombrosamente tranquila, desapasionada y modesta, y se comportaba siempre como si acabara de despertarse de un sueño aburrido y no esperara nada especial del día que empezaba. Kristóf terminó por comprender que

las conversaciones de este tipo en realidad no existen, que no es posible arreglar con palabras las situaciones reales de la vida porque son duras y concisas como una roca o un monolito ancestral. Las relaciones de los miembros de una familia no se pueden cambiar, quizá solamente un terremoto o una catástrofe natural pueden modificar su situación y su composición. Pero, al igual que no existen conversaciones como las que Kristóf había deseado durante toda su infancia, tampoco existen los cataclismos que puedan cambiarlo todo y anular la rigidez de las situaciones y las relaciones, o por lo menos son muy raros. Tal vez la muerte del padre habría podido convertirse en una ocasión así, pero tampoco su muerte pudo deshacer lo que era definitivo en la relación de los hermanos.

Las vacaciones, las fiestas que los hermanos pasaban en la casa del padre eran días de ambiente sofocante, de espera continua. Durante las comidas y las cenas, Kristóf permanecía inquieto en su silla, como si estuviera seguro de que en cualquier momento el padre o el hermano menor empezarían a hablar; se mirarían, dejarían el tenedor en la mesa y, entonces, ocurriría algo. Pero nunca ocurrió nada. Con los años, el padre se volvió más y más severo en las comidas o durante los cortos momentos solemnes que pasaban juntos cuando los visitaba en sus respectivos colegios; se comportaba como un verdadero padre, se mostraba intransigente, formulaba preguntas precisas y recibía respuestas tímidas, igual que un médico o..., sí, igual que un juez. Algo se había roto en su interior, estaba herido y se defendía mostrándose inabordable y reservado. Entonces Kristóf sólo podía ver en su padre a un hombre inflexible y frío, pero cuando se dio cuenta de que escondía tras un muro las ruinas de una catástrofe, de que se encontraba completamente solo entre los desechos de una vida acabada, como Job sobre un montón de basura, sin quejarse durante años y años ni reclamar la más mínima ayuda, sin esperanza alguna, lo invadió un profundo sentimiento de culpa. Eran

los hijos quienes habían abandonado al padre, lo habían dejado solo en su miseria con una crueldad inconsciente, o quizá no tanto.

Esa miseria iba cargada de orgullo, de soberbia, y Kristóf la interpretó durante años como un signo de hombría, aunque con el tiempo fue cambiando de opinión sobre el comportamiento de su padre y sobre la hombría, y llegó a pensar que la hombría no es destruirse por algo que no se puede soportar, que quizá se es más hombre si se transige y se busca la mejor solución posible. A lo mejor «afrontar las consecuencias» significa simplemente humillarse y enseñar las heridas, aunque un invisible corro de señores con sus normas no escritas opine de otra manera. Cuando lo comprendió ya era tarde: el padre había cortado todas las vías de comunicación.

Falleció tres años después de la guerra, de una enfermedad terrible, tras largos sufrimientos que aguantó con dignidad sobrehumana. Su alma envenenada concedió a su cuerpo el permiso para morir, como si sentenciara: «Ahora ya puedes, eres libre.» La pérdida de enormes territorios del país y el interludio de poder comunista le proporcionaron el tiro de gracia a su alma atormentada. Aquellos tiempos lo hirieron en un punto donde su alma ya no podía defenderse: quizá habría podido seguir aguantando las heridas de su vida privada, pero las de la gran familia, las heridas de la patria, acabaron con él. Muchos hombres de su clase y de su generación fallecieron así, y seguramente no eran los más viles. El concepto de patria tenía para su padre un valor más amplio que el de familia, era algo constante que exigía la máxima responsabilidad por parte de sus miembros más destacados. Recibió aquel golpe del destino en todo su ser, en cuerpo y alma, como si su familia hubiese sido mancillada, como si la infamia que había dejado herido el país hubiese herido a su propia familia, a todas las familias. Su agonía fue también la rendición de cuentas de alguien que admite su responsabilidad en lo sucedido y, a su modo, se dispone a pagar por ello. Kristóf sabía que su padre y los demás padres de su generación habían

fracasado. Aunque nadie les pidiese explicaciones, aunque los hijos todavía no entendiesen la magnitud de la catástrofe, su fracaso era indudable y, por más que pudiera retrasarse el ajuste de cuentas, terminarían pagando por ello un precio terrible. El padre pasó largos meses en la cama, pero fue a perder la paciencia en la última semana. Unas horas antes de su muerte, mientras estaba a solas, se levantó con mucha dificultad, se arrastró hasta su despacho, sacó de uno de los cajones una pistola olvidada y quiso acabar con su vida. Se cayó con el arma en la mano y quedó tendido en el suelo de la habitación, bajo los retratos familiares; cuando lo encontraron estaba inconsciente; al cabo de unas horas entró en coma.

La pistola que el padre quiso utilizar para adelantar su final y algunos retratos era todo lo que Kristóf conservaba de sus pertenencias. Entre los retratos había uno de su madre, una fotografía coloreada en la que aparecía con Kristóf en brazos cuando él tenía apenas un año; ella llevaba una blusa negra con un camafeo en el cuello; fijaba la vista en la cámara con una mirada interrogante y desconfiada, como si dijera: «Tengo razón; ¿quién se atreve a quitármela?» La fotografía había sido tomada al principio del matrimonio de los padres. Kristóf la había colocado en la pared de su despacho, encima del escritorio, frente al retrato de su padre.

4

Se había educado en colegios de curas, y guardaba buenos recuerdos de sus años de estudiante. Kömives era un hombre profundamente creyente, pero su religiosidad no era fruto de la educación. Su padre respetaba los mandamientos, acudía a la iglesia en las festividades importantes y comulgaba en Semana Santa, pero Kristóf no sabía si se confesaba con regularidad, nunca lo vio rezar, jamás habló con sus hijos de la fe ni mostró interés por el estado íntimo y complejo de su desarrollo espiritual. Una vez al año, en la tarde del último día de diciembre, llevaba a sus hijos a la iglesia del centro.

Se sentaban en uno de los bancos de atrás, en la penumbra, en la parroquia abarrotada de personas que no van a más misa que ésta, que aparecen por la casa de Dios sólo esa tarde, cuando la conciencia las obliga a hacer balance, y el miedo, la culpa, la esperanza y el desaliento las atraen a los pies del Desconocido que escucha pero no responde, que atiende pero no pregunta. Esa gente se sentaba a su alrededor turbada con sentimientos de ese tipo, afligida por un pánico solemne, y Kristóf se daba cuenta de que también su padre era uno de esos creyentes ocasionales. Acudían todos los años, vestidos de gala, y permanecían callados y rígidos en la atmósfera fría y húmeda, sentados en fila según su rango: primero el padre, a su derecha Emma, luego Kristóf y al final Károly, vestido con su uniforme militar y la espada al cinto. Kristóf temía esa «última tarde» —así llamaba él en secreto a esa especial visita a la casa del Señor—, la temía y sentía pena por su padre.

Cada familia, cada individuo tiene su propia agenda religiosa, donde figuran los días en los que honran algo incomprensible e inalcanzable: los aniversarios de los familiares fallecidos, los días de ayuno voluntario, las fiestas íntimas. El padre había escogido el último día del año para la meditación demostrativa y los hijos se quedaban sentados a su lado sin comprender su intención. Lo normal es ir a la iglesia los domingos, las fiestas de carácter religioso o los días en que ocurre algo, cuando alguien se muere o cuando la religión así lo determina. Pero había algo extraño e inexplicable en la obstinada meditación de fin de año del padre. Se preparaban para ese día como para un rito fúnebre y penoso, como si se tratara de un entierro. La comida transcurría en medio de una solemnidad silenciosa. El padre se vestía con sus mejores galas a primera hora de la mañana. Al llegar a la iglesia, se sentaba en el banco de siempre, apoyaba los codos en las rodillas y se cubría el rostro con las manos; ni se santiguaba ni abría su libro de oraciones. Permanecían sentados allí durante hora y media, más o menos, hasta que empezaban a temblar de frío.

Entonces el padre se levantaba y salían. Los llevaba de paseo al centro, les dejaba mirar los escaparates, escuchaba sus deseos y los cumplía todos, aunque después de la meditación en la iglesia, en ese ambiente de ceremonia y de solemnidad, no se atrevían a «desear» nada especial.

Nunca hablaban de ello, pero de una manera disimulada y cobarde siempre estuvieron de acuerdo en no abusar de la generosidad momentánea del padre; preferían pedir cosas útiles: un par de guantes o algún libro que les hiciera falta en la escuela, cosas que no les causaban placer y que el padre compraba inmediatamente, alardeando de su prodigalidad festiva. Nunca habían hablado de ello, pero incluso sin palabras sabían lo que obligaba al padre a esa generosa obra de caridad; callaban como cómplices, y sin embargo eran conscientes de que su padre hacía penitencia para «expiar» sus culpas. ¿Pero qué culpas? ¿Y por qué

debía expiarlas? Kristóf veía así esos regalos de fin de año. No eran sinceros unos con otros, pero incluso su silencio los delataba. Con toda seguridad, el padre se habría sorprendido y molestado si uno de ellos hubiera deseado algo inútil, como un juguete, algún artículo de perfumería o unas chocolatinas; no, no podían ni pensar en algo así. El pequeño Károly solía echarse a llorar en esos paseos de fin de año: como no se atrevía a confesar sus deseos, prefería no pedir nada en absoluto. El lápiz o la pluma que el padre le regalaba en una demostración de generosidad, lo tomaba en sus manos sin decir palabra, lo apretaba con fuerza y, cuando llegaba a casa, lo guardaba en un cajón y nunca más volvía a mirarlo. Kristóf se dio cuenta bastante pronto de que, de ellos tres, Károly era el que peor soportaba el carácter práctico de la educación paterna. Los días de fiesta el niño estaba siempre triste, no decía nada, apenas comía, y Kristóf, que le demostraba siempre la benevolencia del hermano mayor, lo oía muchas noches llorar a lágrima viva en la habitación a oscuras.

Él, el hijo mayor, se sentía bien en el colegio de curas y no echaba de menos su casa. Entre sus compañeros había muchos en una situación parecida: veían las vacaciones como un deber pesado y penoso; llegaban a sus casas con la cara larga para pasar la Navidad o las vacaciones de verano y se apresuraban a volver antes de tiempo, contentos y felices, con la alegría del descanso merecido después de las fatigas de las semanas pasadas en el hogar y tan hastiados de festividades que se entusiasmaban con la idea de ponerse las pantuflas y poder relajarse en el seno de esa familia del internado más amplia, extraña y sin embargo más íntima, entre sus educadores y compañeros.

Kristóf no era el único que había encontrado un hogar en el internado. Ese hogar no ofrecía el calor de una familia, pero brindaba un ambiente tibio, de calefacción central, donde los niños nunca sentían el calor suficiente, pero tampoco pasaban frío. Muchos volvían de sus casas temblando y necesitaban semanas

enteras para sentirse seguros de nuevo, para comprobar que pertenecían a algún lugar, a una pequeña comunidad donde el carácter y la capacidad determinaban el puesto en la jerarquía. Durante semanas, sentían gravitar sobre sus cabezas el ambiente familiar, la excitación del regreso, la inseguridad que se apoderaba de ellos en sus casas, el reflejo de sus miedos y sus envidias. La mayoría de aquellos niños provenían de familias rotas y sin afecto. Debía de existir otra clase de familias, puesto que entre los externos había niños equilibrados, serenos y felices, de los que emanaba una inocencia pueril. Se notaba en ellos el calor de una verdadera familia, el calor del hogar, lleno de suavidad y ternura, el ambiente acogedor de una comunidad íntima. A Kristóf lo atraían ese tipo de muchachos, pero nunca descubrió cuál era la diferencia entre su familia y una familia verdadera. Claro, en su casa faltaba la madre, pero entre sus compañeros internos había muchos que tenían a su padre y a su madre, que estaban en el internado por razones mundanas o educativas, y muchos de ellos parecían carecer de hogar tanto como él, y anhelaban ese ambiente cálido capaz de sustituir el calor familiar, y también buscaban la cercanía de los externos que desprendían un aire hogareño. Años más tarde, cuando Kristóf Kömives había formado ya su propia familia, se acordaba a menudo de su infancia y pensaba en sus años de internado sin quejas, sin lamentos amargos. Sentía que, debido a una gracia particular, había podido mantener el equilibrio aun sin madre y sin protección familiar. Y ese equilibrio se lo debía al padre Norbert.

El padre Norbert le había dado algo que rara vez una familia, una madre o unos hermanos son capaces de dar: con los gestos imperceptibles del educador genial lo había colocado bajo el manto protector de una comunidad humana. El hombre pertenece a algún lugar, eso es todo. Kristóf Kömives se preguntaba a menudo si era capaz de dar a sus hijos ese sentimiento de protección, si había sabido construir un techo protector para ellos en el seno de la

familia. No tenía especial aprecio por las teorías modernas de educación. Según avanzaba en la vida iba conociendo a los hombres, contemplaba sus destinos y observaba que los que conseguían mantener el equilibrio y resistir no eran los más mimados por la fortuna: la mayoría procedía de familias pobres, numerosas, sin medios. La falta de dinero, las envidias y las pasiones habían hecho estragos en ellos, pero no habían podido destruir sus almas. ¿Por qué? ¿De qué se alimentaban esas almas?

En esos años estaba de moda la educación basada en el psicoanálisis. Los hijos de las familias burguesas crecían bajo la vigilancia de los neurólogos, con apoyo psicológico constante. La nueva educación les negaba a los padres la posibilidad de amonestar a los hijos y de imponerles prohibiciones explícitas; tan sólo podían explicar, conceder permiso y aclarar conceptos. Kristóf Kömives pensaba que podía ser un padre bueno y concienzudo aunque no respetara esas normas modernas de educación. Opinaba que lo que importa es el conjunto, el ambiente familiar, el hecho de que la familia sea una familia verdadera, de que los padres y los hijos se comprendan y se sientan íntima y profundamente unidos. Y si esa cohesión mantiene unida a la familia, entonces los padres pueden incluso permitirse alguna que otra disputa, pueden reñir a los hijos, la madre puede repartir cachetes, el padre puede mostrarse desganado, irritado o tacaño, y aun así la familia seguirá siendo una verdadera comunidad: nadie temblará de frío y los hijos no tendrán traumas o crisis psicológicas a consecuencia de una bofetada del padre. Los padres pueden mostrarse en su relación apasionadamente tiernos o apasionadamente violentos, pueden permitirse peleas y paseos románticos porque todo aquello seguirá formando parte de la vida familiar, como los nacimientos y los fallecimientos, como la colada y la comida especial de los domingos. Sólo importa el conjunto, y si el conjunto está bien, los hijos se sentirán protegidos aunque el padre se muestre severo. Estaba convencido de que ese ambiente familiar es lo que determina el

sentimiento vital de los hijos. Naturalmente, esa sinceridad, esa unión, ese sentimiento de pertenecer a una comunidad, con todos sus aspectos buenos y malos, sólo es válido si es profundamente sincero y desinteresado. Claro que..., ¿quién se atreve a juzgar la intimidad de una familia?

En su casa reinaban el silencio y la paz, la ternura y la amabilidad; Kristóf Kömives intentaba ser totalmente sincero con los suyos, se relacionaba con su esposa y con sus hijos sin ningún tipo de máscara... Pero no es posible comprender ese sentimiento básico que determina el carácter de los hijos, ni es posible crearlo conforme a la voluntad propia. Aceptó, como si fuera un dato policial, que en su casa todo estaba en orden, que reinaba la paz y que todo ocurría como es debido.

El padre Norbert había recibido a Kristóf con cariño y lo había nutrido bien, con un alimento anímico, como la leche del ama de cría que reemplaza la leche materna. La terapia funcionó y Kristóf recuperó pronto su energía. El cura tenía casi cincuenta años cuando el hijo del famoso juez llegó a sus manos; educaba a cada niño de manera personal y examinaba detenidamente sus circunstancias familiares, de modo que lo sabía todo sobre Kristóf: sabía que era huérfano de madre, y advirtió que este hecho le había causado una herida profunda, casi una mutilación. También conocía al padre, y después de unas conversaciones mantenidas con tacto y delicadeza, probablemente sabía más sobre las heridas de esa alma orgullosa de lo que el propio Gábor Kömives era capaz de confesarse a sí mismo.

A Kristóf lo trataba con un cariño imparcial; en su calidad de rector espiritual del internado, ponía especial atención y cuidado en no tratar nunca a ningún alumno mejor que a los demás. El padre Norbert no tenía favoritos. Naturalmente, lo rodeaba un grupo de fieles discípulos, pues dentro de una comunidad, sea grande o pequeña, semejante distinción no se puede evitar ni prohibir con la voluntad; por más atención y tacto que se pongan, los sentimientos

superan las formas de la convivencia, el rebaño se compone de ovejas blancas y negras, y un buen día el pastor advierte con impotencia que las blancas están más cerca de su corazón.

El padre Norbert sentía un cariño especial por Kristóf. No pretendía interponerse entre el padre y el hijo, no quería «suplantar» a su familia; irradiaba su cariño, imposible de refrenar, de una manera púdica y humana. Sabía mostrarse como un compañero y, sin embargo, mantenía su autoridad. A los cincuenta años, en la época de las grandes crisis de los hombres, se puso enfermo, y entonces Kristóf se quedó solo de nuevo. No obstante, los tres años que había pasado junto al sacerdote bastaron para llenar su espíritu de contenidos secretos y fuerzas misteriosas. Kristóf se alimentó durante mucho tiempo de las energías acumuladas en esos tres años.

Nunca llegó a comprender del todo al padre Norbert; sin duda había algo en su alma que él no conocía, una fuerza, un conjunto de cualidades cuyo secreto nunca pudo descubrir, si es que había alguno. Cuanto mayor se hacía, menos entendía el secreto del padre Norbert: su sonrisa, su equilibrio y su alegría de vivir aunque no hubiese un motivo concreto...

No tenía pariente alguno. Respetaba los votos ascéticos de su orden; vivía en la pobreza, era más pobre que el más miserable de los pobres que Kristóf hubiera conocido en su vida, no tenía más pertenencias que sus sotanas y sus libros; no se mostraba en sociedad, no era ni un misionero combatiente ni un predicador polémico, vivía en un círculo cerrado, en silencio, sin reputación, sin buscar ningún tipo de notoriedad. Sin embargo, todos los que se acercaban a él notaban de inmediato que estaba muy vivo. No desfallecía con sus ejercicios espirituales ni con las normas que respetaba. Sabía sonreír y sonreía con gusto. No se preocupaba por su cuerpo frágil; lo atacaban periódicamente fiebres malignas, pero él no guardaba cama. A los cincuenta años, en la época de la gran crisis, comenzaron a torturarlo las dolencias cardíacas, pero siguió

viviendo muchos años sin ver a un médico, sin emitir un lamento, sin que sus alumnos o los miembros de la orden supieran de su enfermedad. Vivía con mesura, no se entregaba a las pasiones del cuerpo, no fumaba, no bebía, dormía poco y trabajaba mucho, pero el trabajo no era para él un «programa», como lo es para los neuróticos asustados que se refugian con escrupulosa puntualidad en sus horarios predeterminados para huir del desorden de su sistema nervioso; el trabajo, ese conjunto de actividades, comportamientos, sentimientos y metas que daban sentido a los días de este gran educador —por lo menos Kristóf lo consideraba así—, se hacía casi solo, sin que él lo pretendiera. No era inflexible, no evitaba la vida ni la anhelaba, no se mostraba eufórico ni se quejaba. Era un cura, un solitario, y su existencia se mantuvo equilibrada hasta el oscuro momento en que su organismo ejerció su derecho a protestar y le impuso a su alma pudorosa y humilde un nuevo orden, la enfermedad como forma de vida.

No soportó la enfermedad de manera heroica: la soportó de manera humana. A veces se quejaba, a veces se resignaba, como si la enfermedad le hubiera hecho comprender algo que no había podido ver en su vida anterior a pesar de su humildad y de su esfuerzo. Su religiosidad era directa y sencilla, tan natural como la alegría de vivir llena de frescura de las plantas o de los animales.

El padre Norbert no hacía penitencia, no se defendía de sus dudas si éstas lo tentaban, ni exigía a sus discípulos la exagerada actitud de los beatos.

Probablemente sabía que ese estado de ánimo es involuntario, que se consigue por la gracia divina, que llena el alma de paz, que la ilumina sin que tenga que ser a la fuerza un rayo de luz brillante y crudo, a la manera de Saúl, sino simplemente un centellear suave y tenue. Con eso basta. Sabía que es preciso prepararse para ese momento, pero no de manera específica o solemne, pues las condiciones para la gracia se resumen en la disponibilidad y la humildad. «Basta con que no nos defendamos», le había dicho a

Kristóf en una ocasión, y ese consejo humilde y pudoroso le había servido de respuesta al discípulo una y otra vez a lo largo de su vida, cuando le sobrevenía una crisis, ya fuera silenciosa o ruidosa.

Quizá se tratase de eso, de no defenderse... Hay algo evidente en el ser humano, tan evidente que parece un grito: basta con no desatender la llamada. Pero «no defenderse» es casi actuar, llevar a cabo algo para lo que nos sentimos perezosos o cobardes. Quizá sea eso lo más difícil: entregarnos a la voluntad del otro, motivados por las leyes eternas de nuestro fuero interno...

El padre Norbert sabía entregarse e intentaba transmitir a sus discípulos ese espíritu de entrega, esa noble actitud anímica. Kristóf siguió oyendo su voz durante muchos años. Un día la voz se apagó y en su lugar se instaló una especie de sordera, una sordera agradable. Por largo tiempo vivió así, trabajó así; se movía por su casa y por el despacho, juzgaba y sentenciaba, y entre tanto sabía que se estaba defendiendo, que aquella voz, desde algún lugar en medio de la sordera apagada, le ordenaba algo diferente... Vivía en un estado parecido a las primeras luces del alba, a ese momento de somnolencia en que ya podemos oír los sonidos del mundo pero no los distinguimos todavía con claridad; el sueño nos mantiene abrazados entre sus sombras sospechosas, pero tenemos que despertar y asumir las consecuencias de la vigilia.

En ocasiones, esos estados de somnolencia nos atrapan durante años. Kristóf Kömives lo sabía y no se rebelaba contra ellos. Entregaba al mundo sin resistencia y sin reservas todo lo que éste le podía exigir. Es preciso vivir según la otra ley, la ley del mundo, basarse en ella para juzgar y defender sus criterios. No obstante, sin ser consciente del todo, de manera imprecisa, sentía que la obediencia al mundo no era suficiente. Pero ¿quién puede dar más? Al mundo le basta con eso.

El padre Norbert sabía muchas más cosas, y su recuerdo se mantenía vivo en Kristóf no en forma de imagen, sino más bien de texto escrito, originario y esencial, de palabras que se le

presentaban borrosas, como se recuerdan las frases de alguien al cabo de los años. (Otras veces pensaba, no con palabras sino con sentimientos: ¡El también está muerto! Era como si la muerte prematura del sacerdote le hubiese revelado algo, un vergonzoso estado de debilidad, un fracaso, una falta de voluntad. Pensaba en la muerte del padre Norbert con un sentimiento de frustración, casi con rabia, pero nunca se detuvo a examinar a fondo ese sentimiento.) Cuando tenía ante sí a un acusado que trataba de defenderse alegando «circunstancias», deseos, pasiones, conquistas, tentaciones del dinero, de la sangre, de la carne, frente a sus ojos de juez aparecía la delgada figura del sacerdote, sonriendo, «sin defenderse», y pensaba: el padre Norbert cree en algo y no posee nada, no tiene deseos irrefrenables y, aun careciendo de pertenencias especiales, es capaz de sonreír... Entonces su mirada se endurecía, se concentraba con severidad en la letra de la ley y buscaba en ella hasta encontrar los párrafos relacionados con el caso que tuviera entre manos. El recuerdo del padre Norbert era para él un hilo conductor, el modelo de la ley humana, la posibilidad no escrita del bien o del mal que en una ocasión se había manifestado en un ser humano.

Cada año, el juez se retiraba tres días a un monasterio, junto con algunos compañeros de profesión, para participar en los ejercicios espirituales que precedían a la Semana Santa. Tenía fama de ser una persona muy creyente que respetaba los imperativos morales también en su vida privada, y a menudo le daba la sensación de que en efecto lo era, de que su vida privada se aproximaba al ideal que la gente se hace de los jueces: vivía en una pobreza modesta y sin ostentaciones, jamás desatendía sus obligaciones familiares y laborales, evitaba los laberintos de la política cotidiana, sólo se relacionaba con gente de su condición, y su vida podía ser examinada por cualquier autoridad en cualquier instante... Se consideraba un miembro útil y honrado de la sociedad. Al mismo tiempo, ese pensamiento le resultaba una presunción: del padre

Norbert no se puede saber si se consideraba un miembro útil y honrado de la sociedad. A veces, en momentos de cansancio o de zozobra, como los que había experimentado a raíz de sus crisis nerviosas —de nerviosismo físico, sólo eso—, se preguntaba lo que el sacerdote pensaría de su vida. ¿Acaso vivía en estado de gracia? Sí, vivía una vida digna de un hombre cristiano, una vida útil, laboriosa, respetable. Pero el padre Norbert ya no estaba. Así que nadie le exigía que viviera de otra forma, que creyera o que dudara de otra forma... En el trabajo lo apreciaban y le auguraban un brillante futuro.